

Una de las figuras se estaba descolgando, deslizándose como un áspid entre las ramas.

Otras siluetas empezaron a moverse al mismo tiempo. Aferré la cuchilla con fuerza y me incorporé, temblando. En aquel instante, alguien o algo retiró la linterna de nuestros pies. Rodó hasta un ángulo y quedamos sumidos en la oscuridad absoluta. Fue entonces cuando escuchamos aquel silbido, acercándose.

Agarré la mano de mi compañera y echamos a correr hacia la salida. A nuestro paso, la tramoya de figuras descendía lentamente, brazos y piernas rozando nuestras cabezas, pugnando por aferrarse a nuestras ropas. Sentí uñas de metal en la nuca. Escuché a Marina gritar a mi lado y la empujé frente a mí, impulsándola a través de aquel túnel infernal de criaturas que descendían de las tinieblas. Los haces de luna que se filtraban desde las grietas en la hiedra desvelaban visiones de rostros quebrados, ojos de cristal y dentaduras esmaltadas.

Blandí la cuchilla a un lado y a otro con fuerza. La sentí rasgar un cuerpo duro. Un fluido espeso me impregnó los dedos. Retiré la mano; algo tiraba de Marina hacia las sombras. Marina aulló de terror y pude ver el rostro sin mirada, de cuencas vacías y negras, de la bailarina de madera rodeando su garganta con dedos afilados como navajas. Su rostro estaba cubierto por una máscara de piel muerta. Me lancé con todas mis fuerzas contra ella y la derribé sobre el suelo. Pegado a Marina, corrimos hacia la puerta, mientras la figura decapitada de la bailarina se alzaba de nuevo, un títere de hilos invisibles blandiendo garras que chasqueaba como si fueran tijeras.

Al salir al aire libre advertí que varias siluetas oscuras nos bloqueaban el paso hacia la salida. Corrimos en dirección contraria hacia un cobertizo junto al muro que separaba el solar de las vías del tren. Las puertas de cristal del cobertizo estaban empañadas por décadas de mugre. Cerradas. Rompí el cristal con el codo y palpé la cerradura interior. Una manija cedió y la puerta se abrió hacia dentro. Entramos apresuradamente. Las ventanas posteriores dibujaban dos manchas de claridad lechosa. La telaraña del tendido eléctrico del tren podía adivinarse al otro lado. Marina se volvió un instante a mirar atrás. Formas angulosas se recortaban en la puerta del cobertizo.

—¡Deprisa! —gritó.